

# vuelve

# EL DANDY



El conde-fotógrafo Patrick Lichfield es el joven dandy mejor vestido de la nueva Inglaterra. Su guardarropa es algo impresionante: «Los trajes los llevo sólo dos o tres veces y entonces los desecho para siempre».

**C**ADA época tiene su concepto del dandy. Unas veces aparece deportivo y optimista; otras, grave y recogido; otras, todavía, discretamente donjuanesco. Pero el dandy siempre es el mejor producto de las clases sociales dominantes. Un dandy representa una aspiración de todos los hombres de su clase y una aspiración indudablemente culta, elegante y civilizada en cuyo extremo vibra la llama viva de lo «distinguido». A través del dandy, entendido como arquetipo, se quisiera llegar a una unidad de estilo, lo que sería el colmo de lo civilizado. Pero tal unidad es imposible alcanzarla en tanto subsistan las contradicciones que el sistema económico impone.

El dandy ha existido siempre y en todo tiempo, pero su presencia se acentúa en épocas de crisis, ante la amenaza de cambios sociales, cuando la clase distinguida pierde la seguridad en sí misma y el sentimiento feudal sub-

yacente entrevé el peligro de un desastre. En este aspecto, es el hombre que teme perderlo todo y que en la inminencia del hundimiento saborea, un poco artificialmente, cuanto se le ofrezca en un acceso de fruición y euforia que distan mucho de la sana alegría.

El dandy es insolente y cínico. No hay que ir más allá de Oscar Wilde para comprenderlo. Pero su insolencia no debe interpretarse como firmeza de carácter, del que carece porque se disuelve en juegos. Ama el dinero, aunque aparenta despreciarlo. Le gusta presumir de deudas, pero, sobre todo, presume de su propio título y, en el fondo, sólo se ama a sí mismo.

A continuación, presentamos un artículo del escritor norteamericano John Crosby, gran conocedor de la alta sociedad británica, en el que estudia las transformaciones de estilo de la moda masculina y analiza el vestuario del dandy actual.



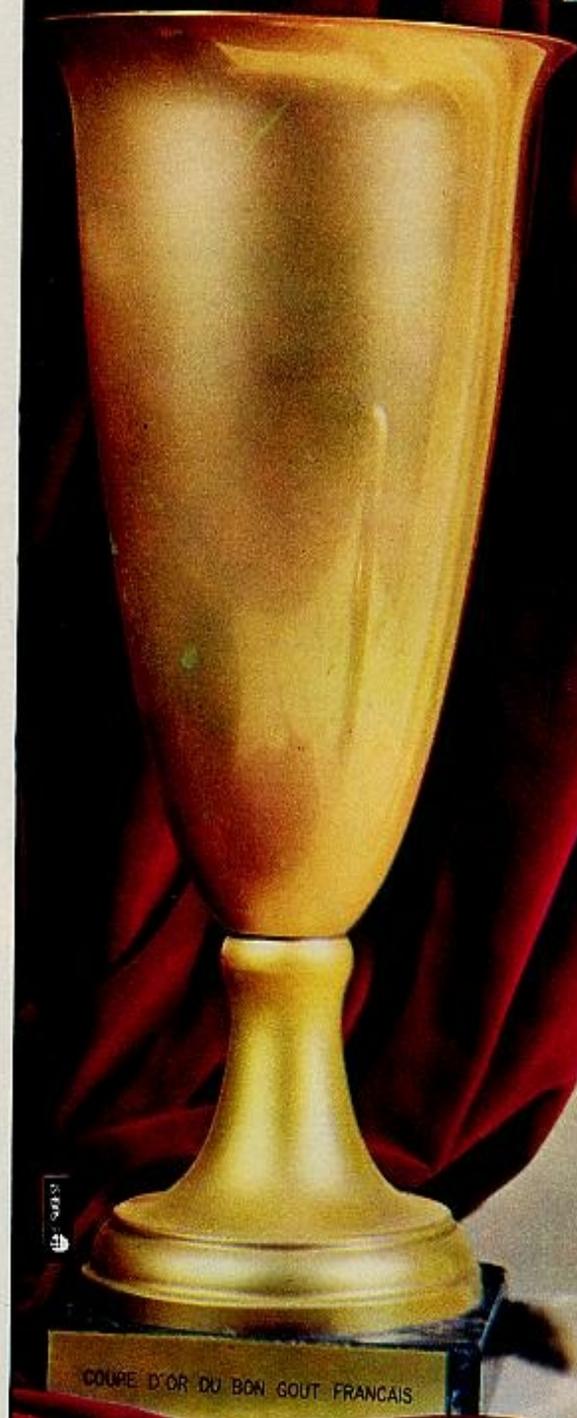
SIGUE

**COUPE D'OR  
DU BON  
GOÛT FRANÇAIS**

concedida a  
Cerveza

**San Miguel**

... por su organización  
... por su dinamismo  
... por la adhesión del  
consumidor  
... POR LA ALTA CALIDAD  
DE SU CERVEZA



**San Miguel**

DE FAMA MUNDIAL

# EL DANDY

**E**l smoking deja ver una pechera con abundantes frunces, cual blanca espuma, al tiempo que por la manga asoman unos puños de encaje. Los pantalones de terciopelo que, hace tres años habrían hecho a la gente fruncir las cejas, apenas llaman ya la atención. Las chaquetas vuelven a acompañarse de un chaleco, a estrecharse por cintura y a alcanzar longitudes propias de la época victoriana. Los pantalones son asimismo tan estrechos que en algunos casos es difícilísimo sentarse, obligando al que los lleva a permanecer en una postura casi de firme. No se había visto en Londres tanta elegancia desde los tiempos de Oscar Wilde. La nueva ola del dandysmo inglés comenzó, según opinión generalizada, hace unos cinco años. El joven David Milinaric, diseñador de modas y uno de los jóvenes londinenses mejor vestidos, opina que la música «pop» tiene mucho que ver con todo esto. «Los cantantes «pop» de hoy en día llevan el mismo penacho que los actores de los años treinta. Los cantantes «pop», los dibujantes y los artistas de cine visten hoy en día de manera estrafalaria y la gente ha empezado a imitarlos. También ocurre que los mayores se interesan hoy, más que nunca, por los jóvenes, llegando a copiar todo lo que éstos hacen».

Patrick Lichfield, otro de los jóvenes ingleses mejor vestidos, opina que la audacia de las ocupaciones de hoy en día tiene mucho que ver con la manera de vestir.

Lichfield es conde, y al mismo tiempo es fotógrafo de profesión.

«Hay todavía mucha gente», dice, «metida en ambientes como el de la City, en los que los trajes tradicionales son absolutamente indispensables. Pero hoy en día, los artistas de cine, los cantantes «pop», los peluqueros, los fotógrafos, todos se han convertido en gente respetable. Las personas como nosotros podemos vestirnos como queramos; nos podemos permitir el lujo de experimentar. Si un duque asistiera a un cock-tail sin corbata, la gente



George Brummell, más conocido por Beau Brummell, el pontífice del dandysmo. Si viviera, ¿cuál no sería su desprecio por la fauna de Carnaby St.!



Desde Carlyle, los dandys fueron siempre considerados figuras ridículas y, desde la época de Oscar Wilde como probablemente homosexuales.

se extrañaría muchísimo, pero si en vez de un duque se trata de un artista de cine, no ocurriría lo mismo. Pero al día siguiente es posible que el duque le imitará».

La revolución experimentada por la ropa masculina tiene raíces aún mucho más profundas. Todos los grandes periodos del dandysmo han coincidido con periodos de trastornos revolucionarios del orden natural de la sociedad. Los dandys de la Regencia vinieron tras las Guerras Napoleónicas, periodo en que monarquía y aristocracia sufrían general menosprecio y empezaba a nacer una nueva clase media. La ola francesa de dandysmo (importación

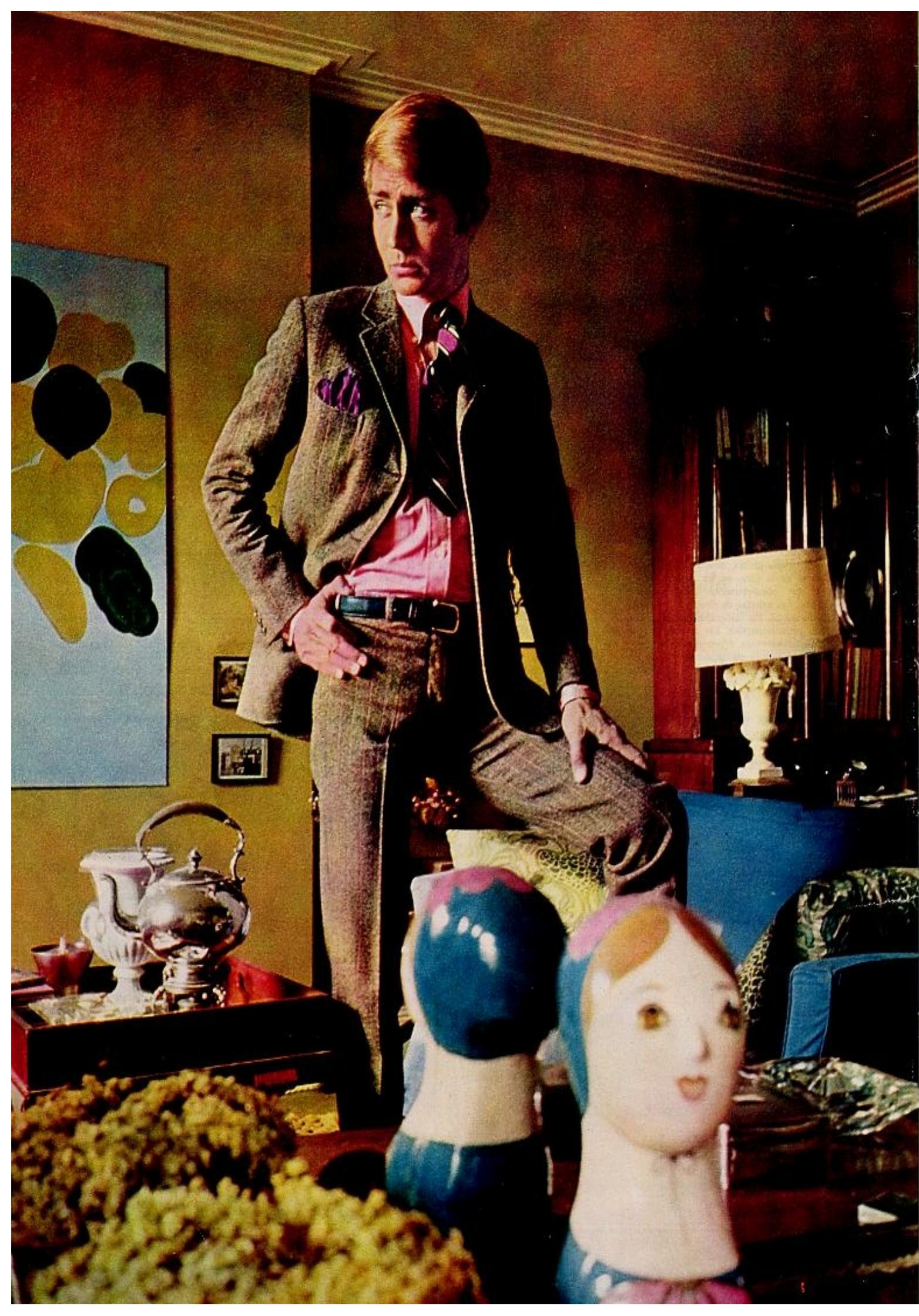
estrictamente inglesa) siguió a la revolución de 1830, es decir, con ocasión de una nueva e importante reducción de las diferencias sociales.

Los dandys «eduardianos» siguieron a la revolución industrial cuando el dinero y el poder pasó de manos de los terratenientes aristócratas a los nuevos magnates de la industria. Los nuevos dandys de la actualidad viven en una época en la que el sistema de castas de Inglaterra se está quebrantando por todos los lados.

El más grande de todos los dandys, Beau Brummell, el guapo Brummell, era el más despreciable de los hombres. No tenía ni **SIGUE**

Un grabado de la época. Un aristocrático baile en Almack's. De izquierda a derecha: Beau Brummell, duquesa de Rutland, princesa Esterhazy y conde de Worcester.







A la izquierda, Ted Dawson, modelo masculino que gasta anualmente en ropa quinientas libras (85.000 ptas.). En la foto de la derecha, Michael Rainey que diseña la ropa de su boutique Hung On You, habla de corbatas con el periodista Gibbs. Tanto uno como otro, son típicos exponentes del vanguardismo dandysta londinense.

tulo, ni fortuna, ni profesión, ni siquiera un coche de caballos; no tenía más que una soberbia arrogancia y un aplomo y una presencia extraordinarios; con sólo estas armas consiguió que le imitasen y le respetasen en alto grado, ejerciendo una influencia extraordinaria. Cuando el príncipe Regente (luego Jorge IV) rompió con él, Brummell hizo esta desdeñosa observación en torno a su futuro rey: «Le ha hecho lo que es, y le puedo deshacer».

Este desprecio y aplomo brumellianos son también características de los nuevos dandys. Los jóvenes actores de cine, fotógrafos, modelos diseñadores y cantantes «pop» no dan un ochavo por lo que sus padres o usted o yo pensemos de su estrafalaria vestimenta y de su extravagante comportamiento. Albert Camus dijo una vez del dandy que era el arquetipo del hombre rebelde ante la sociedad. Pero es que además el dandy se ríe de su propio dandysmo. Probablemente el mismo Brummell se ríe de todo aquello por lo que tanto le admiraban sus contemporáneos.

Lichfield, cuando le entrevisté, acababa de salir de su cámara oscura vestido simplemente con un «sweater» con cuello de polo y unos pantalones de pana. Lichfield tiene buen aspecto aunque vista de la manera más sencilla.

«Hay personas que tienen un extraordinario olfato para vestir. Milinaric es el hombre mejor vestido de todos cuantos conozco. Algunos de sus efectos son extraordinariamente audaces. Una noche le vi con frec y con una camisa maravillosamente fruncida. Yo le expresé mi admiración y entonces él respondió que lo único que había hecho era prender con alfileres algunos frunces a una camisa blanca. ¡Qué extraordinario!».

Lichfield reconoce que gasta verdaderas fortunas comprando ropa, y afirma que algunos de sus tra-

jes son un fracaso. «Los llevo sólo dos o tres veces y entonces los desecho para siempre».

Me enseñó su guardarropa. Veintiséis trajes. «Me gustan mucho los trajes marrones». «A la mayor parte de los dandys actuales les gusta ese color». «La mezclilla es ideal para el campo», dijo indicándome uno de color gris. «Adoro las hebillas grandes». Lichfield me mostró una enorme en un cinturón negro. «Creo que estas hebillas van a ponerse muy de moda. También me encantan las chaquetas de antea. Tiene cuatro, de diferente corte. «Para ir de caza...», y me señaló unos calzones de pana color verde botella. «He mandado a todos mis guardabosques que los lleven así».

A continuación abrió un cajón rebotante de «sweaters». «Tengo muchos jerseys con cuello de polo, la mayoría color verde o beige. Me cuesta una fortuna limpiarlos, porque no se pueden llevar más de dos o tres veces. Pero mire usted mi posesión más preciosa...». Diciendo esto, sacó un par de levis gastados, remendados y de un azul que algunas partes habían palidecido maravillosamente. «Si se declarase de pronto un incendio en mi casa, esto es lo que primero rescataría. Se pueden sustituir fácilmente todos mis trajes, pero hace falta mucho tiempo para que unos pantalones adquieran ese admirable tono».

Lichfield tiene asimismo 50 camisas, la mayoría de Harvie & Hudson a seis libras cada una (unas 1.000 pesetas). Cuando se encapricha con una camisa cualquiera puede ocurrir que la mande a Hong Kong para que le hagan docenas en seda, según ese modelo. Posee unas 50 corbatas, de las que muchas son esas corbatas de colores que tan de moda están actualmente, aunque admite que también le gustan mucho las corbatas negras y sencillas.

Cuida mucho su ropa y no aguanta a los que no

la cuidan. «Conozco a gente que tira al suelo vestidos que les han costado quizá un dinerá». Tiene en su dormitorio una plancha eléctrica —automática— que plancha sus pantalones mientras él está en el baño. (La chaqueta se plancha sola.) «No he mandado planchar un traje desde que me licencié del ejército, pero limpiar mi ropa me cuesta una fortuna».

«No comprendo a esas personas que se visten simplemente para no tener frío», dice Lichfield. «Un hombre debería disfrutar de su ropa. Un hombre no se viste para sí mismo. Se viste con el fin de atraer a las muchachas, a diferencia de éstas, que les gusta vestir bien para causar impresión a las de su sexo». Mi opinión es que los hombres deben vestirse para demostrar su «sex-appeal» al igual que los faisanes machos cuando se aparean. Yo siempre cuidó más mi apariencia la primera vez que salgo con una chica que la segunda. Las inglesas, son a mi entender, más atrevidas en sus gustos que las chicas de otros países y consecuentemente admiran a los hombres vestidos con osadía».

Entre los que ostentan esta «cualidad» en grado superlativo se encuentra Milinaric. Me recibí en la enorme sala de visitas de su casa de la Tite Street (en esta calle vivió también otro gran dandy, Oscar Wilde). Llevaba una chaqueta de color marrón (a él también le gusta el marrón), que se abrochaba casi hasta el mismo cuello, con solapas de borde negro y mangas cortas que dejaban ver los puños de la camisa. Sus trajes, dijo, eran cada vez de colores más vivos. El último, del que esperaba mucho, era de color canela.

«Los trajes son mi mayor extravagancia», confiesa. «Me importa hasta cómo están hilvanados. Me interesan tanto los materiales como el corte. Creo que la mayor parte de la ropa de **SIGUE**

# Mamá, me están besando.

*(Qué puedo hacer, mamá?. El también viste prendas Meyba)*

Ya ves, mamá,  
llegó el verano,  
estrené 18 años,  
vestí Meyba,  
y, ¡mamá!  
me están besando...



Ya todas vestimos Meyba,  
ya ellos visten Meyba,  
y es que Meyba es la moda,  
la joven moda de este año.



Y es que los chicos,  
este verano,  
vistiendo Meyba,  
mamá,  
me están besando...

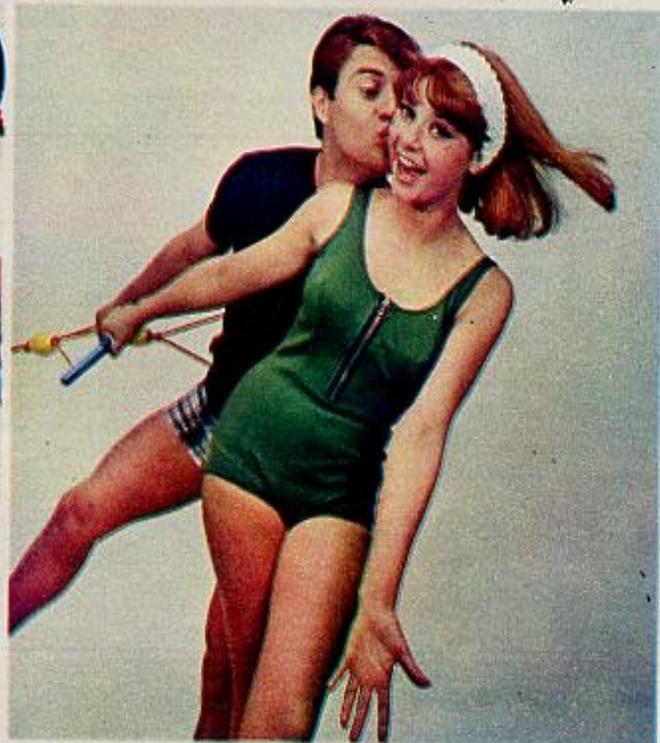
Oh, mamá, vestiré prendas Meyba  
todo el verano.



¡Mamaaaaaá! ¡me están besando!



Blusas, pantalones,  
faldas, bañadores,  
de Meyba son nuestras ropitas,  
y con Meyba, mamá,  
nadamos, paseamos y bailamos.



# EL DANDY

Carnaby Street está muy mal terminada y confeccionada con material bastante pobre». (Y en esto tiene razón).

¿Cómo visten los jóvenes de hoy en comparación con los grandes dandys del pasado? Hay una gran diferencia, diría yo.

Max Beerbohm, el último de los dandys, escribió de Beau Brummell: «¿No es su elegante desdén por todos los accesorios como un presagio del dandismo moderno, cuyo objetivo es "producir el máximo efecto a través de los medios menos extravagantes"?». En ciertas consonancias de paños oscuros, en la absoluta perfección de las líneas, en la simetría de los guantes con las manos, estriba el secreto del milagro de Brummell. Nadie como él economizó tanto los medios para obtener tan prodigiosos resultados».

Ninguno de los dandys de hoy (ni siquiera Beerbohm en su tiempo) sigue estas normas. Si viviera Brummell, cuál no sería su desprecio por la Carnaby Street y su fauna tan llamativamente vestida.

Los verdaderos dandys compran sus trajes en Blades, en la Dover Street. Eric Joy, consocio y jefe de los diseñadores de la casa, comparte el desprecio de Brummell por la mayor parte de los sastres y modistos de Savile Row y opina que todos los trajes para hombre diseñados entre los años 1914 y 1960 son un desierto de mediocridad.

«Pensé que era ya hora de que se diseñase una colección que hiciese que los hombres parecieran hombres y no "Daleks" sangrientos y crueles». Se dedicó a visitar, recorrer el Victoria and Albert Museum en busca de ideas. Muchas de sus chaquetas están inspiradas en uniformes militares, que son de hecho los «antepasados» de muchos de los trajes que han llevado los grandes personajes de Inglaterra.

Rupert Lycett Green, propietario de Blades y dandy por más que él mismo lo niegue, ha hecho la siguiente lista del vestuario adecuado para un hombre bien vestido: dos smokings (seda para el verano, estambre para la estación fría), un smo-

(Pasa a la página 64)



Así vestían los dandys ingleses de 1840. Chaquetas largas y entalladas, con el talle alto y ligeramente acampanadas, románticas. En ellas se inspira la actual moda masculina. En el grabado de abajo, «The Dandy Club»



# EL DANDY

Rupeet Lycett Green, el dandy propietario de Blades, va a inaugurar otra tienda en Nueva York, pero sus modelos sufrirán ciertas modificaciones. En América el extremo dandysmo londinense sugiere ironías sospechas.



(Viene de la página 37)

king aterciopelado; un traje gris; un par de trajes de diario, cómodos y elegantes; un traje para el campo, de mezclilla, dos trajes ligeros para el verano; un traje gris ligero; un traje inarrugable para los viajes; tres abrigos (un gabán oscuro para el teatro o la ópera); otro de mezclilla, tipo raglán (de sport) para el campo y, finalmente, uno corto para ir en coche o llevar por la ciudad); por lo menos dos chaquetas de sport; media docena de pantalones sueltos; 50 corbatas y 50 camisas.

Blades va a inaugurar muy pronto otra tienda en Nueva York, pero los modelos que presente allí habrán sufrido antes una intensa modificación. El dandysmo extremo, aceptable en Londres, tiene todavía en Nueva York, como en todas las otras ciudades del mundo, implicaciones homosexuales. Lon-



Nuestro Larra fue efectivamente un dandy de su época. Pero, desde luego, llegó a ser algo mucho más importante: un lúcido crítico de su tiempo.

dres lleva años de ventaja sobre el resto del mundo, habiéndose liberado casi por completo de los «armónicos» homosexuales del dandysmo. La mayoría de los dandys que hay actualmente en Inglaterra son visiblemente heterosexuales.

Históricamente, el dandysmo ha adquirido un tinte homosexual a partir de su último florecimiento, en los años noventa del siglo pasado, y Oscar Wilde tiene la culpa de ello. La mayor parte de los dandys que le precedieron eran notablemente heterosexuales, sobre todo los calaveras de la Regencia. Se cree que Brummell era completamente indiferente hacia las mujeres y el sexo, y que era, por el contrario, un hombre inmerso en sí mismo.

La actitud victoriana frente a los dandys y al dandysmo fue reflejada originalmente por Thomas Carlyle en «Sartor Resartus»; el dandysmo había sido razonablemente respetable, incluso admirable. Sin embargo, el puritanismo escocés de Carlyle transformó de tal modo el clima emocional en torno al dandysmo que Edward Bulwer Lytton eliminó pasajes enteros de su «Pelham», novela que tenía como protagonista a un dandy y que llegó a alcanzar gran éxito en el Reino Unido. Desde la publicación de aquel libro de Carlyle los dandys han sido considerados figuras ridículas y desde la época de Oscar Wilde como probablemente homosexuales.

Todavía quedan vestigios de la desaprobación victoriana del dandysmo. En un reciente artículo de John Morgan en el «New Statesman» se ridiculizaba y menospreciaba a la nueva ola del dandysmo, de la que decía el autor que era tediosa hasta el punto de hacer saltarle a uno las lágrimas. «No llegaré nunca a comprender —escribía— la naturaleza de esos jóvenes que acuden veinte veces al sastre para asegurarse de que el chaleco llega justamente a donde tiene que llegar, o que una pernera del pantalón parece «acompanarse» un centímetro en su extremo inferior». Morgan afirma también en su artículo: «Nadie sufre a causa de la elegancia, sino de la prosa que ésta produce», con lo cual quiere decirnos que toda literatura en torno al dandysmo es un «tostón» (aburrimiento). Esto no es verdad. Los dandys y el dandysmo tienen una honorable tradición literaria, tanto como autores como en calidad de protagonistas o personajes de novelas y obras de teatro, algunas de ellas buenas, otras horribles, pero casi todas muy populares. «Pelham», de Bolwer, y «Vivian Grey», de Benjamin Disraeli (gran dandy él mismo), gozaron de gran popularidad; ambas novelas tenían a dandys como héroes.

El dandysmo fue una de las principales preocupaciones de Stendhal en «Le Rouge et le Noir», aunque su propia actitud frente a los dandys es bastante contradictoria. Balzac, quien se consideraba a sí mismo un dandy, aunque nadie más pensaba del mismo modo, escribió una vez: «La toilette est l'expression de la société». Su «Comédie Humaine» está llena de dandys. Baudelaire no fue solamente un dandy, sino también un filósofo del dandysmo, «le culte de soi-même», como él lo denominaba.

Las novelas de Dickens y de Thackeray (que odiaba a los dandys) están llenas de dandys y de ese culto del dandysmo. Las obras de teatro de Hiner y de Bernard Shaw tienen también sus dandys y las de Wilde, por supuesto, no consisten en otra cosa. «Dorian Grey», de Wilde, no es más que dandysmo en su forma más decadente, y con ella Oscar Wilde contribuyó a que el dandysmo adquiriera tan mala reputación como llegó a tener.

En estos tres últimos años ha amainado considerablemente toda aquella tempestad de censuras y desaprobaciones. Hizo falta mucho valor para enfrentarse a casi un siglo de desprecio, pero a los dandys de hoy en día les importa todo un bledo. Hay similitudes de temperamento y, al mismo tiempo, grandes diferencias entre los dandys de hoy en día y los lechuguinos de la Regencia.

La más importante de éstas es que la nueva ola es enérgica y ambiciosa, todos o casi todos se dedican a alguna profesión, hacen películas, son fotógrafos, o peluqueros, o actores. Los dandys de la Regencia, sobre todo Brummell, consideraban cualquier forma de actividad que no estuviese relacionada con el vestir como indigna de ellos. Beau (Brummell), quizá también por pura broma, consideraba hasta el opinar como algo ligeramente aburrido. Una vez un visitante le preguntó cuál de los lagos ingleses le gustaba más, entonces Beau llamó a su criado y le dirigió a él la pregunta: «¿Qué lago prefiero yo?».

El humor de Brummell sería admirado por algunos de los productores de vanguardia. No era un hombre de palabras, sí de epigramas. Un encogerse de hombros, un fruncir de cejas, a veces nada más que el recuerdo de un conocido gesto brummelliano. Cuando uno puede ser ingenioso sin palabras, ¿para qué emplearlas?

JOHN CROSBY

(Fotos CAMERA PRESS, ZARDOYA, INSTITUTO BRITÁNICO y ARCHIVO)